

## Fortuna desdicha

Desde pequeños hemos oído a gente mayor decir que todo en exceso es, o puede ser, malo. Claramente, este juicio moral nos pone frente a un panorama complejo en el que tanto el gozar de algo es “exceso”, como que lo “malo” aflora tras la dicha que produce usar o abusar de aquello.

La dramática crisis ambiental que actualmente está enfrentando el globo ha encendido las alarmas de los Estados-Nación, aunque hay quien diga que esto de tanto en tanto ocurre, que no es algo nuevo, que ya en el pasado esas mismas alarmas habían sonado y nada extremadamente grave ha pasado; para citar un ejemplo, Trump, quien al comando de la nación líder y ejemplo de libertad y democracia en el orbe, ha menospreciado las reuniones multilaterales como las de Kioto (1996) y París (2015), entre otras, y sus respectivos protocolos y acuerdos para enfrentar el problema y regular la emisión de gases efecto invernadero.

Hoy, muchos países tradicionalmente industrializados han comenzado a optar por energías renovables. Minas de carbón en países desarrollados han cerrado en varias latitudes. Así mismo, la utilización de hidrocarburos ha entrado en un proceso, digamos, de sospecha, y no está bien visto que se proyecte un futuro donde este recurso no renovable siga siendo motor de la economía y combustible del desarrollo global. Algo similar a lo que ha ocurrido con la energía atómica, la cual, a pesar de ser la más segura en términos ecológicos, también es la más destructiva de todas.

Nuestros pueblos, los países de economías emergentes que se encuentran lejos de los círculos cerrados del poder –muy a pesar del reciente ingreso de Colombia al llamado club



De izquierda a derecha, obras de: Bernardo Vieco, Juan Raúl Hoyos y Horacio Longas. Exposición *Fortuna. Diálogos, extracción, economía y cultura*. MUUA

de los países ricos (OCDE)–, han dependido, desde antes de su constitución formal como repúblicas, de la extracción de recursos naturales, renovables o no, para mantener los procesos civilizatorios cifrados en la lógica del desarrollo económico y, por ende, de un supuesto bienestar social. Poco o nada de estos recursos son elaborados y llevados a una instancia de valor distinta dentro de las fronteras nacionales, son exportados tal cual como han sido extraídos, las más de las veces por extranjeros con licencias mineras que tan solo deben dejar un porcentaje de las ganancias.

En el caso de Colombia, y en general de América Latina, la minería de metales ha sido, sumando los tiempos de la Colonia y la República, la actividad comercial insigne y preponderante. La riqueza de los Andes en metales preciosos (oro, plata y platino, especialmente) y básicos (cobre, plomo, zinc, estaño, etc.) ha hecho de este sistema montañoso una de las canteras más apetitosas para el mundo. Paradójicamente, parece que donde el verde se im-

pone, el dorado se esconde, tímido y esquivo, bajo su manto resplandeciente. ¿Fortuna desdicha o gloria maldita?

El mito fundacional evolutivo cuenta que, de cazadores-recolectores, pasamos a ser pastores-cultivadores. Entre estas dos parejas de vocaciones se ha obviado mencionar la importante labor de ser mineros; parece que esta actividad soterrada, que nos acerca a otras especies al cavar el suelo para encontrar materiales, sea indigna, inhumana. Con las primeras ciudades nacen las primeras minas; incluso desde antes, las piedras distintas, las de colores, cristalinas o de visos metálicos eran vistas como objetos de culto, piezas de valor espiritual que conectaban el suelo con el cielo. Solo pensemos que lo que hay sobre la tierra construido por nuestra especie ha salido de alguna parte, de algún yacimiento, de alguna veta. Los seres humanos tenemos en la minería la forma de construir lo duradero, en contraposición al pastoreo o al cultivo que garantizan lo perecedero. Lo que consideramos eterno, porque nos supera, como las pirámides, es producto de la minería, también lo son la Venus de Milo, la escritura cuneiforme de Mesopotamia y los primeros libros.

Aunque desde siempre hemos vivido con esta realidad, y el pasado migratorio de europeos a las Américas, además de obedecer a motivos religiosos, esté ligado de manera expedita a la minería, parece que también el tiempo nos ha vuelto mineros vergonzantes. Vuelve a aparecer el “rasgo topo” que detestamos. Los debates más recientes en contra de la minería industrial en el país son prueba de ello. La pregunta aquí es: ¿en contra de qué estamos? ¿de la minería *per se* o de la forma como se hace, o donde se hace?

La fama de los mineros arrastra consigo prácticas *non sanctas* relacionadas con los vicios, el lenocinio y todo tipo de vejámenes que nos aterran. Quizá esto tenga más que ver con la idea de fortuna que con la minería misma. Vuelve y

aparece la idea del exceso. Todo en demasía es nocivo para la vida.

La ciencia económica, y, en especial las teorías neoclásicas derivadas del pensamiento de Adam Smith, son recatadas frente a la posibilidad de los excesos. *Administrar la escasez* es una de las sentencias más oportunas para entender la relación que plantea dicha teoría, emparentando nuestra especie con los entornos naturales que permiten nuestra existencia justo cuando la humanidad cayó en cuenta de que este mundo es finito, que en cualquier momento puede colapsar, que debemos procurar un balance positivo que privilegie a la naturaleza antes que a nosotros, pues la integramos, y al contemplar su bienestar también estamos contemplando el nuestro. La lógica semita del Génesis está totalmente revocada.

Vivimos gracias a los recursos naturales; algunos de ellos, como el aire, sólo nos basta tomarlos con el poder que nos asiste, no tenemos ni que pensar para traerlo desde afuera a nuestros pulmones: es una operación automática, nuestro cuerpo sabe que el aire le pertenece y, por qué no, nosotros a él. El agua, al menos en nuestro contexto, es abundante, aunque hemos visto y sentido que otrora fue más exuberante su presencia. Los recursos naturales son necesarios para la vida nuestra y de las demás especies sobre este planeta azul, aunque, por alguna suerte de la evolución, la humanidad ha trazado líneas imaginarias sobre la tierra y los mares poniendo nombre a cada sitio y apropiando todo cuanto en esos espacios existe.

Los procesos emancipadores modernos, que separaron la religión del Estado, dieron a las personas la posibilidad de acumular riqueza más allá de los límites fijados por una moral que juzgó severamente a “los ricos”. En Occidente, la clase burguesa se abrió camino y cobró autodeterminación a la hora de modelar su fortuna. La avaricia aparece entonces blindada por el derecho a la propiedad privada, y

la fantástica idea de la acumulación infinita se tornó plebeya, hasta expandirse como un virus sobre todo el orbe. Se podría afirmar que, desde el siglo XVII esta lógica se abrió paso y se ratificó como ley natural, al punto de que en la actualidad parece haber una idea común que eleva el tener bienes materiales al sitio de la nueva religión global. Soy, en tanto tengo, un esolío propio de las dinastías y las casas reales, reemplazó sin mayor problema la máxima cartesiana *Pienso, luego existo*.

Ahora bien, volvamos sobre esto de los excesos. Nada de lo que hoy existe sería posible sin haber dominado el fuego, sin la invención de la rueda o la aprehensión de los lenguajes matemáticos. Tampoco habríamos inspeccionado someramente el espacio exterior sin haber conquistado la *techné* que implicó el manejo de los demás elementos, hasta la concreción de la tabla periódica. La ciencia y las artes combinadas nos han permitido lo impensable. La actualidad, según muchos autores, es quizás el mayor momento de bienestar para la humanidad; en contraste con esto, no hay duda de que también es el más crítico para el planeta.

Minería sí, pero no así, o, no aquí, es un eslogan popular que ha tomado vuelo. A lo mejor, lo que se quiere decir es: ¡minería sí, la que ya fue! Claramente, la extracción de recursos naturales, metálicos o no-metálicos, seguirá vigente mientras las ciudades crezcan y el desarrollo y la innovación nos exhorten a ir más rápido, más alto y durante más tiempo. El tema es, entonces: ¿necesitamos todo lo que extraemos o extraemos todo lo que realmente necesitamos?

La lógica de la economía contemporánea nos ha permitido comenzar a gastarnos el futuro. Sí, parece absurdo, pero así es. Los yacimientos de recursos no renovables producen crecimiento sin aún ser extraídos. Esta es la explicación de esta paradoja. Acumular, para después gastar, tiene lógica con los recursos perennes, como los granos, pero, ¿y el oro? ¿para qué se

acumula oro? Una buena respuesta la puede tener el rey Midas.

*Fortuna, diálogos extracción, economía y cultura*, es una investigación adelantada desde el Museo Universitario de nuestra Alma Máter, que recaba información sobre los fenómenos relativos a la minería. A esta pesquisa se puede acceder al recorrer la exposición de objetos artísticos y los acervos culturales naturales y arqueológicos en la casa Museo Pedro Nel Gómez y en las instalaciones del MUUA. Allí podremos constatar, desde diversas ópticas, cómo la mirada de los creadores se posa sobre una de las condiciones humanas por excelencia, una que define nuestra esencia y devela una realidad, tan cruda como alarmante.

Medio centenar de artistas, más otras tantas piezas de las colecciones de historia, antropología y ciencias naturales del museo se han conjugado para formar un caleidoscopio de inquietudes y preguntas. A esta exposición enciclopédica se suman las voces de Jaime Arias Restrepo, John Fernando Escobar Martínez, Vladimir Caraballo Acuña, Remberto Rhenals M., César Augusto Lenis Ballesteros, Walter Mauricio Gallego Medina, Alexandra Urán y Juan David Suárez Ceballos que, en este número de la *Agenda Cultural Alma Máter*, sirven de fondo para elaborar algunas respuestas, aunque creo que, más valdría decir, para incrementar las preguntas.

Ya hace mucho, el pueblo de Moisés quiso creer en un becerro de oro, a falta de un dios omnisciente que les acompañase. Hoy, tal vez no es un becerro, pero el dorado, ese metal blando y maleable como pocos, sigue seduciendo sin cesar la mente y los corazones de las gentes. El oro, ese material que leemos como riqueza, ha logrado instaurar un orden único y hegemónico que no ha logrado ningún dios hasta el momento.

Oscar Roldán-Alzate